

NUESTRO DICCIONARIO

¿Cuándo tendremos un buen diccionario?

No hay intelectual, hombre de ciencia, ni escolar, que no se haga esta pregunta. Y bien: ¿hay en esto un reproche a nuestra Academia o una manifestación de esperanza?

Porque nuestro idioma, con una Academia en Madrid y sus correspondientes en América y Filipinas, que en un común esfuerzo hubieran podido hacer el mejor Diccionario, carece de un léxico que nos satisfaga.

Quien en castellano tenga que consultar con provecho gran número de palabras tiene que acudir a los diccionarios extranjeros, por lo que alguien ha enunciado la paradoja de que el mejor diccionario castellano es el Webster en inglés.

Y es así. El diccionario que figura hoy en el escritorio de todo hombre de regular preparación intelectual es el de Webster. ¿No es esto para desanimarnos mucho, y vivir quejosos de nuestra Academia?

De los americanismos de uso difundido son pocos los que figuran en el Diccionario, y si no fuera por autores como Mallaret, Santamaría y otros, que nos han dado buenos diccionarios de americanismos, éstos permanecerían ignorados de las gentes cultas.

La causa de todo esto se ve en la falta de correspondencia que hay entre la Academia de Madrid y sus correspondientes (sin correspondencia) de América.

Por nuestra parte podemos decir que de todas las sesiones de la Academia Colombiana a que hemos asistido en ninguna hemos oído leer una sola carta de la Academia de Madrid, ni sabemos que la nuestra haya enviado un catálogo de palabras o sugerencias a la española para las nuevas ediciones de su Diccionario.

¿Por qué la entidad madrileña no solicita de las correspondientes (sin correspondencia) americanas que le envíen datos; o al menos por qué no envía en consulta, o si no en consulta, por acatamiento, la lista de las nuevas palabras o los proyectos que piensa llevar a las nuevas ediciones?

Es necesario también que haya más orden y más responsabilidad en la edición de nuestro Diccionario. Quien pase la vista por sus páginas verá que la Academia considera como consonantes de sonido simple la *ch* y la *ll*, y el artículo *mellar*, por ejemplo, está después de *melva*, como es natural. Pero en cambio la *rr* es considerada como simple duplicación de la *r*, y así figura *amartillar* después de *amarrar*, como si el sonido *erre* fuera antes que el de la *ere*. No son pocas las confusiones y dificultades que a veces encuentra uno por estas inconsecuencias.

Veamos otra falta de lógica en la ilustre corporación. Léase la voz *omoplato* en la edición 15^a y anteriores, y se verá registrada como voz grave. Pero llega la 16^a edición, y dice ya *omóplato*, y hasta en su fe de erratas vuelve a insistir en ello; y, con todo, en los artículos *escápula* y *apófisis* dice *omopláto*. Si así se contradice la más alta autoridad en lenguaje ¿qué camino debemos tomar?

¿Y por qué la Academia dice *antropofagia*, y adelante escribe *polifagia*, y acepta *aerofagia* en su edición de 1947? En nuestro lenguaje corriente oímos decir *nigromancia*, *quiromancia*, etc.; pero el Diccionario rechaza estas formas y dice *nigromancia*, *quiromancia*, etc. Y bien estaría, si, alejándose de sus mismas normas no escribiera *aeromancia*, *capnomancia*, *catoptromancia*, etc.

Y como éstas serán muchas las inconsecuencias que ha de notar en el Diccionario quien lea nuestras *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje*, obra en que hemos llamada la atención sobre muchas de estas irregularidades.

El caudal idiomático que trae la Academia es muy pobre, en medio de la gran riqueza del castellano, y ya lo probó Toro y Gisbert al anotar, con más de mil ejemplos de autoridad, que donde la Academia encontró 91 artículos con 156 acepciones, él pudo colocar 630 artículos con 800 acepciones. Y si esto pudo

hacer un solo hombre ¿qué no podría hacer la ilustre corporación de Madrid con sus no menos ilustres filiales de América y Filipinas?

La Academia debiera adoptar para nuestro Diccionario en sus nuevas ediciones las siguientes normas:

1^a Ponerse en *correspondencia* con sus correspondientes de América y Filipinas para darle cabida a ese inmenso tesoro que representa el habla popular del Nuevo Mundo. Sólo en su fauna y en su flora tendría un caudal de riqueza inmenso.

2^a Pasar a las academias correspondientes, y aun a otras entidades si así se estimare conveniente, lista de los nuevos vocablos que se van a introducir, para oír su concepto sobre tales innovaciones.

3^a Adoptar el sistema de ilustraciones, que deben usarse con profusión como hace el diccionario de Webster, ya que los grabados simplifican considerablemente la labor de quien consulta un diccionario, y pueden evitarse con ello muchas confusiones. Si el *Diccionario manual*, aunque parcamente, ha venido adoptando este sistema, no hay razón para que lo desprecie el Diccionario general. Y no valga decir que esto requeriría un gran volumen, que si en papel biblia el diccionario de Webster contiene hoy casi 3.400 páginas, con sus preciosas láminas en colores, no hace más volumen que nuestro Diccionario que tiene sólo 1.300.

4^a Anotar los barbarismos e incorrecciones de lenguaje (como ha tratado de hacerlo en el *Manual*), con lo que contribuiría notablemente a la depuración del idioma.

5^a Registrar mayor número de derivados. Pocos son los adverbios en *mente*, por ejemplo, que trae la edición oficial, pues supone la Academia que quien escribe puede formarlos, y no siempre esa creación es afortunada. Búsquense en el Diccionario *lustrada, volcada, silbada, rodada, etc.*, como acción y efecto de sus respectivos verbos, y no se hallarán.

Los gentilicios debieran ocupar la atención de nuestros académicos, pues así como de pueblos españoles de poca importancia figura el gentilicio correspondiente en el Diccionario, no

debe despreciar el de tantas ciudades americanas y europeas que lo merecen.

6^a Dar la conjugación de los verbos irregulares (pero no de la manera desafortunada como lo hizo en el *Diccionario manual*, como ya lo advertimos en nuestras *Apuntaciones*).

7^a Emplear un solo título para cada palabra, dividido convenientemente cuando haya distintas etimologías, etc. Pues sucede con frecuencia que al encontrar una palabra en el Diccionario el lector no piensa que adelante o atrás esté la misma, con distinta etimología o distinto significado. Por ejemplo: la voz *coto* figura en cuatro artículos. ¿Por qué no hacerlos figurar en uno solo, y para cada etimología hacer la separación con un 2 y un 3, etc., suficientemente visibles, y que cada subdivisión quede aparte?

Pocos serán tan listos que al encontrar la palabra en un artículo piensen que atrás o adelante hay otro con la misma voz, y que pueda haber no sólo dos, sino tres y hasta cuatro. . .

8^a Incluir los nombres geográficos, como guía para su escritura correcta¹.

9^a Dar cabida a todos los términos de ciencias, artes y oficios cuya difusión o uso así lo justifiquen. Nuestros físicos vienen hablando hace muchos años del *ergio*, la *reactancia*, la *impedancia*, etc., y no saben hoy siquiera si sean vocablos aceptables en nuestro idioma. De *aniones* y *cationes*, hablamos ya hace decenas de años, y escasamente figura en el Diccionario el último término. Y así nos haríamos interminables con las omisiones de nuestro Diccionario. En los términos técnicos, desdeñados por la Academia, es donde más barbarismos se cometen porque no tiene el lector una autoridad que lo guíe; y esa función corresponde a los académicos. No decimos que se adopte sin reflexión toda necedad que en vocabularios quieran meter

¹ En la segunda edición que preparamos de nuestra obra *Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje* nos hemos impuesto, solos, esta tarea dura, así como la casi gigantesca de anotar todos los gentilicios.

Que ojalá este esfuerzo supla la labor que hasta ahora no se ha impuesto nuestra Academia.

gentes irresponsables o esnobos a ultranza; pero los tecnicismos con bautismo y confirmación en las ciencias, artes y oficios deben figurar en su totalidad, y no esperar a que sean ya de uso centenario para que merezcan los honores académicos. ¿Que con ello se abulta el Diccionario? Excelente, siempre que sea sustancia lo que en él se escriba.

Con estas innovaciones simples que se han propuesto ya veríamos si hay idioma más rico que el nuestro, y si hay diccionarios que puedan mirar cara a cara al de nuestra Academia. . .

ROBERTO RESTREPO.

Bogotá.